



Sancho Panza, gobernador

Entre los episodios más duros de El Quijote están aquellos que cuentan los siete días que Sancho Panza ejerció como Gobernador de la Ínsula Barataria. No era una isla –como solían ser los reinos en las novelas de caballerías–, sino un pueblo de mil personas, a lo sumo, cuyo dueño era un Duque que había acogido a Sancho y al ingenioso caballero para que lo entretuvieran un buen rato.

Cervantes cuenta que el Duque y su esposa habían leído la primera parte de las aventuras de estos dos personajes y que, por esa razón, sabían de la debilidad que ambos tenían por las historias de caballería. Así que tras hospedarles en su castillo ordenaron a sus sirvientes que les trataran como si ellos fuesen un verdadero caballero andante y a su escudero. (Todos aceptaron el juego menos un cura quisquilloso y una mujer tontísima, doña Rodríguez, quien más tarde protagonizará, con Alonso Quijano, diálogos desternillantes).

Al objeto de divertirse el duque y su mujer, doña Rodríguez de Grijalba se encuentran en el jardín de su castillo con Sancho y don Quijote, que se había hecho conocer como el Caballero de la Triste Figura. Al poco tiempo, una corte de gentes entra anunciando la llegada de la condesa de

Trifaldi, haciéndoles creer que un tal don Clavijo ha engañado a la hija de Maguncia, que finalmente ha muerto y entonces el gigante Malambruno condena a la condesa y a sus sirvientas a llevar barba en su cara.

Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fue señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días la niña Antonomasia llegó a edad de catorce años con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. ¡Pues digamos agora que la discreción era mocosa! Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida. Pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal a la tierra como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. De esta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad...

Les convencen que la única forma de eliminar el encantamiento es que ambos se monten en un caballo de madera llamado *Clavileño*, *el alígero*, convenciéndoles que puede volar. Sancho, al principio, no se encuentra muy dispuesto a hacerlo, pero los duques le amenazan diciendo que no le concederán el gobierno de la Ínsula Barataria, por lo que a Sancho no le queda otra opción. La condición que incluyen es que además tienen que ir con los ojos vendados.

En definitiva, se montan los dos en el caballo y los servidores del duque comienzan a hacer ruidos, golpes, señales y fuerzan la formación de viento con distintos aparatos y un tipo de fuelles, para hacer creer que están volando y para hacerles creer que se están aproximando a la zona del fuego les aproximan antorchas encendidas para dar mayor verosimilitud a la acción. Al final los dos terminan en el suelo algo chamuscados, con gran disfrute de todos los presentes.

Don Quijote encuentra un escrito en su lanza en el que se le indicia que Malambruno está satisfecho con la prueba realizada y don Quijote y

Sancho pueden observar que las barbas de la condesa de Trifoli y sus doncellas ya no se encuentran con barba en sus cara. En la escena se desarrolla con la colaboración y participación de los duques y de todos sus criados y sirvientes que simulan toda la trama, disfrutando con gran alborozo.

Como parte de la farsa, el Duque nombra Gobernador a Sancho Panza, un sueño largamente anhelado por él. Antes de asumir el cargo, don Quijote se permite darle una serie de consejos para que su amigo ejerza bien el poder. Son pensamientos tomados de Catón –el defensor hasta el suicidio de la república romana– en los que resaltan la importancia de la pulcritud y la austeridad en el comer, el hablar y el vestir.

Procura conocerte a ti mismo –le dice don Quijote a Sancho Panza– y no vayas a creer que mereces esta Gobernación que ahora se te concede. Si la tienes es por pura suerte y por la grandeza de la caballería andante. Escúchame bien, Sancho –prosiguió el ingenioso caballero– no juzgues por las apariencias y trata por igual las dádivas del rico y las lágrimas del pobre. No des importancia a las ofensas que recibas y no dejes que tu pensamiento se nuble por culpa de aquello que te ofendió. Si alguna vez tuerces la vara de la justicia que sea por exceso de generosidad y no de dureza. No castigues con palabras a quien ya has castigado con acciones. Y no seas víctima de tus pasiones, Sancho, porque ese error es el que finalmente se paga más caro, agregó don Quijote.

Con todos estos consejos bajo el brazo, el amigo de don Quijote asumió el mando de la Ínsula Barataria. Su primer enojo se produjo porque no le dejaron comer todo lo que quería. Pero el mayor de ellos vino cuando los habitantes de la Ínsula fingieron que sufrían un ataque; una revolución que debía ser sofocada cuanto antes por Sancho Panza. Aparatosamente ataviado, el escudero no pudo hacer mucho. Tal vez solo resistir. Vapuleado y dolorido, decidió que los tratos del poder no eran para él. Así que tomó sus cosas y se fue tal como llegó: sin un duro en los bolsillos, pero más sabio que antes.

